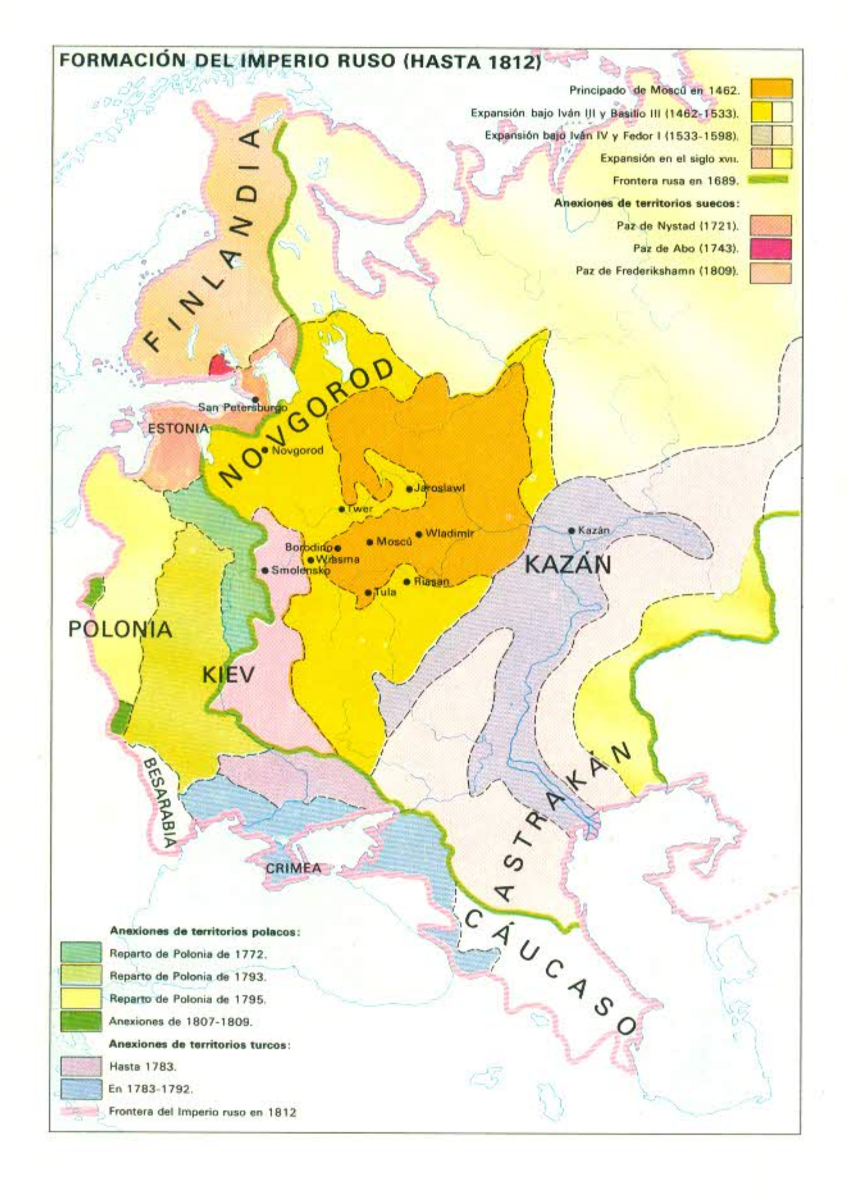


Embajada rusa del primer tercio del siglo XVII dirigiéndose a la asamblea de los Estados Generales holandeses en La Haya. Cuadro de Sybrand van Beest en el Rijksmuseum de Amsterdam.

Pedro I y Catalina de Rusia. Federico el Grande y María Teresa de Austria

La formación de las nacionalidades del oriente de Europa se efectuó con gran retraso. A principios del siglo XVI, vastas extensiones al norte de los Cárpatos estaban divididas en pequeños estados de fronteras inciertas, con organización de tipo medieval. Algunas, como Rusia, a duras penas habían conseguido establecer una sombra de monarquía, aún feudal, pero hereditaria; otras, como Polonia, quedaban anquilosadas en repúblicas aristocráticas que toleraban las dinastías tan sólo mientras lo permitían las rivalidades de los nobles. En Alemania, además del Rin y el Palatinado, que entraban en la órbita francesa, y Baviera, que oscilaba entre Francia y Austria, estaban Sajonia y la pequeña Marca de Brandeburgo, casi eslava, destinada a convertirse en Prusia y a ser el núcleo de otro gran Imperio germánico.

Pero incluso allí donde los acontecimientos siguieron un curso más rápido, precisaron dos o tres siglos para que aquellas regiones se pusieran a nivel del resto de Europa. A principios del siglo XVI, Crimea y las llanuras del sur de Ucrania estaban ocupadas por los tártaros. La autoridad del *Gran Príncipe de Moscovia* era sólo nominalmente reconocida por los boyardos o señores feudales rusos. Los lituanos, de antigua sangre turania, mezclados con teutones y gobernados por una Orden militar de caballeros germánicos, cerraban a los rusos el acceso al Báltico. El verdadero fundador del estado ruso fue Iván III de Moscú, llamado el Grande, que reinó de 1462 a 1505. Casó con Zoe, o Sofía, sobrina del último emperador bizantino, Constantino Paleólogo, y esto pudo animarle a adoptar el título de zar,



palabra que deriva de césar, distinción que a menudo concedían los augustos o emperadores bizantinos a príncipes bárbaros, sus vasallos, sin que este título implique en modo alguno reconocimiento de derechos imperiales, como pretendieron después los rusos para cohonestar su deseo de poseer Constantinopla. Más positivo resultado obtuvo Iván III empezando a imponerse a los turbulentos boyardos. Su nieto, Iván IV el Terrible, estableció la supremacía del zar de Moscú mediante una táctica política que hubiera podido ser eficacísima. Dejó a los boyardos tranquilos en sus haciendas-estados y creó una nobleza adicta a la corona. Cada sector de la administración resolvía con doble jurisprudencia. Los boyardos mantenían sus prerrogativas en un Consejo Real, o sea la Duma, y los nuevos nobles formaban otra corte separada sin privilegios, pero recibían del monarca continuos favores. Se les dieron las mejores tierras en las cercanías de Moscú y a lo largo de las vías de comercio. Los boyardos quedaron cada vez más alejados de la capital y obligados por su propio interés a defender las fronteras.

Pero este plan, aun si su autor lo hubiese concebido con entera claridad, hubiera requerido, para tener buen éxito, un temperamento mucho más dúctil que el de Iván el Terrible. No obstante, logró atemorizar a los boyardos, arrebató a los tártaros Kazán y Astrakhan y por el Norte consiguió llegar hasta las cercanías del mar Báltico. Iván IV asesinó a su hijo primogénito en uno de sus arrebatos de furor; al morir sólo quedaba para sucederle Teodoro, un infante incapaz, a quien hábilmente suplantó su cuñado Boris Godunov.

Una serie de pretendientes que se decían sucesores de Iván imposibilitaron el gobierno de Godunov. Se presentó, incluso, un impostor apoyado por los jesuitas, deseosos de hacer llegar a Rusia el catolicismo. Cabe imaginar con cuántos y cuán poderosos recursos contaría y la conmoción que produciría el impostor teniendo a su lado la vecina Polonia, también entregada a los jesuitas.

Por fin, una asamblea nacional, en la que tuvieron poca influencia los boyardos, eligió por zar, en 1613, a Miguel Romanov, quien, por el solo hecho de haber sido elegido por tal asamblea, tenía forzosamente que ser un personaje mediocre, pusilánime y piadoso; pero su hijo Alejo continuó la obra de Iván IV, ensanchando las fronteras, siempre con la persistente idea de llegar hasta el mar.



Vista parcial del Kremlin, el alcázar donde vivían los zares rusos.



Un noble ruso del siglo XVII: Pedro Ivanovich Potemkin, gobernador de Borousk y prelado de Ullech, embajador de Fedor II en España en 1668 y 1681. Retrato por Carreño de Miranda (Museo del Prado, Madrid).

En 1672, después de desvanecer las pretensiones que Polonia tenía sobre Ucrania, empezó a hostigar a los tártaros para apoderarse de Crimea, lo que representaba llegar al mar libre por el Sur.

La política de Alejo Romanov fue continuada y ampliada por su hijo, el famoso Pedro el Grande, que ha pasado a la Historia como el caso más ejemplar de príncipe reformador. Niño todavía, asistió al asesinato, por los boyardos, de un consejero de su padre, reformista, que al verse perseguido se le había abrazado en busca de protección. Esto le impresionó de tal modo, que, a pesar de su salud robusta y su cuerpo agigantado, Pedro quedó toda la vida afecto de ataques epilépticos. Hasta los diecisiete años vivió retirado de la corte, divirtiéndose atolondradamente con una banda de muchachos de su edad, que le había procurado su hermana Sofía, regente del Imperio. Aquella compañía, que hubiera envilecido a un espíritu vulgar, sirvióle de escuela a Pedro el Grande. Jugaba con sus camaradas a levantar fortalezas y a asaltarlas y construía barcos para navegar en un lago vecino. Su educación teórica se redujo a un poco de geometría; todo lo demás, filosofía, moral, historia, y sobre todo religión, lo ignoró por completo.

En la primera parte de su reinado tuvo la fortuna de encontrar un consejero tan ignorante como él, un aventurero suizo llamado Lefort, soldadote rudo, libre de prejuicios y dotado de inagotable buen humor.

Pedro fue coronado emperador el 1689, pero tampoco este honor alteró su carácter. Continuó viviendo tan desordenadamente como antes con sus camaradas de juventud. Había hecho dos viajes al mar Blanco, a la región de Arkhangel, y la contemplación de aquel océano desierto, helado durante nueve meses del año, única salida que tenían al mar los rusos, le movió a acometer la empresa de arrebatar un pedazo de costa del Sur a Turquía. Seguido de sus camaradas y de un reducido ejército, tuvo la audacia de atacar a Azov, plaza fuerte de los turcos. Esta primera expedición fue un desastre. Los turcos castigaron a los sitiadores tomándoles los cañones en un contraataque. Pero Pedro no

Catedral de la Anunciación, en el Kremlin, construida por Iván III el Grande, verdadero fundador del estado ruso.







Coronas que pertenecieron a Miguel Fedorovich Romanov (Armería del Kremlin, Moscú), el zar de la nueva dinastía elegido por la Asamblea Nacional en 1613.

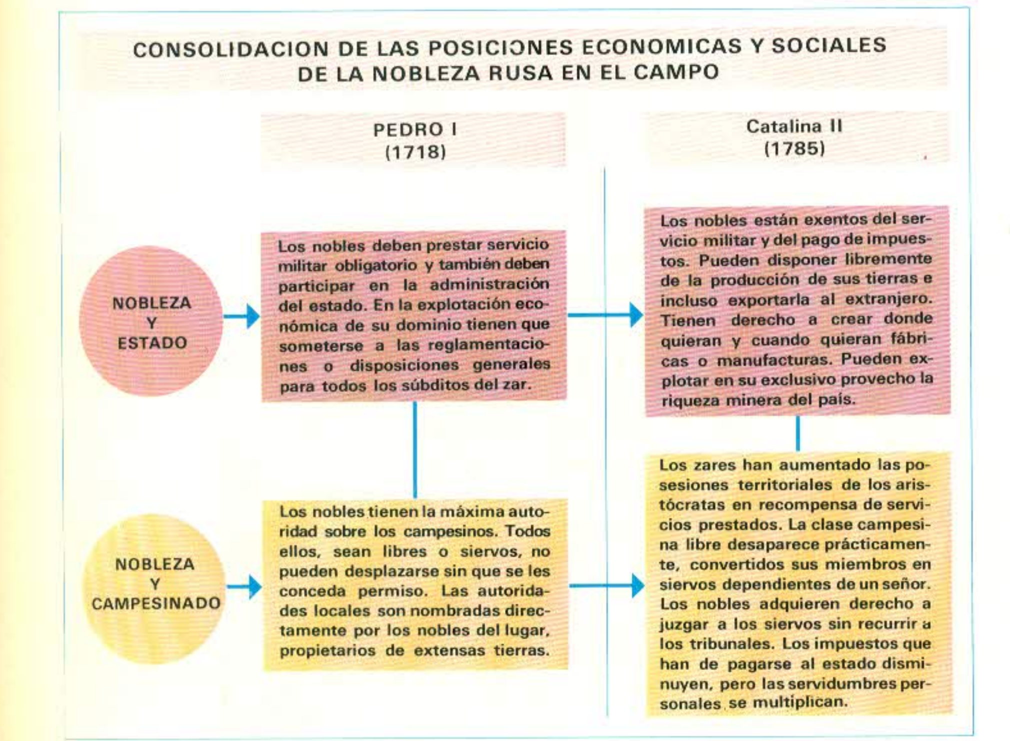
cejó; envió a buscar carpinteros y artilleros a Austria y Holanda y se preparó para una nueva salida. Descendió esta vez el Don con una flotilla de ocho galeras. Una de ellas, llamada *Principium,* esto es, "comienzo", construida por el propio zar, fue el primer buque de guerra ruso. Los turcos se hallaban entonces distraídos en una campaña contra Austria y no pudieron prestar mucha atención a lo que ocurría en aquel desolado rincón del mar Negro. Pedro y Lefort conquistaron a Azov, después de un sitio de tres meses. En la cabalgata infantil, casi cómica, que entró triunfalmente en la fortaleza, Lefort iba delante como gran almirante; un aventurero alemán representaba el generalísimo de los moscovitas y el zar iba en un trineo, pica al hombro, con el solo título de capitán Pedro. La conquista se consolidó construyendo una estación marítima con un arsenal en la vecindad.

En aquella ocasión Pedro comprendió que iba a necesitar colaboradores y que éstos debían ser rusos. En un Consejo celebrado el 15 de noviembre de 1696, obligó a los boyardos a enviar cincuenta muchachos de las mejores familias rusas a Inglaterra, Holanda y Venecia, y una embajada a las naciones del occidente de Europa para pedir ayuda contra los turcos. La embajada partió el 1697, yendo como representante acreditado del zar de Moscú aquel mismo disparatado suizo Lefort que había conquistado a Azov; pero lo extraordinario fue que entre los marineros iba de incógnito el mismo zar, disimulado con el nombre de Pedro Mijáilov. Así el joven monarca quedaba libre de la etiqueta ceremonial y podía a su antojo visitar arsenales y aun aprender prácticamente la arquitectura naval, que era su gran afición. La embajada encontró a Europa ocupada en el asunto de la sucesión de la monarquía española, y nadie mostró grandes deseos de guerrear contra los turcos; al contrario, muchos deseaban que Austria y Turquía concertaran la paz para que Austria se resolviese contra el poderío de los Borbones.



Basilio IV, el primer soberano de Rusia que tomó el título de autócrata (Biblioteca Nacional, París).

El único resultado del viaje fue la educación del propio zar y su firme propósito de europeizar a Rusia. Los relatos de la época nos enteran de la extraña impresión que produjo en las cortes de Europa la visita de aquel hombre, vestido simplemente, gran señor y al mismo tiempo de modales bárbaros. No obstante, los espíritus verdaderamente finos se dieron cuenta de la superioridad moral que la conducta de Pedro manifestaba. Saint-Simon dice en sus Memorias: "El zar, en París, se hacía admirar por su curiosidad extremada, siempre fija en sus ideas de gobierno, de comercio, de construcción y de política. Atendía a todo y no desdeñaba nada que pudiese serle útil. Estimaba todo lo merecedor de estima, dando así prueba de la justa apreciación de su espíritu.



LA SOCIEDAD RUSA EN EL SIGLO XVIII

Durante el reinado de Pedro el Grande, el naciente Imperio ruso sólo contaba con trece millones de habitantes. La población se había elevado a 19 millones en 1762, al comenzar el reinado de Catalina II, y al terminar el mismo era ya de 29 millones, cifra que ya superaba a la francesa. La población había doblado en menos de cien años, parte por el crecimiento demográfico, parte por las anexiones territoriales. El 90 % de la población estaba constituido por campesinos, el 7 % por los nobles y sólo un 3 % correspondía a las clases medias (burguesía y población urbana), hecho clave para comprender la posterior evolución de Rusia.

En realidad, gran parte del país vivía aún en una economía de tipo "cerrado". Los dominios señoriales producían todos los productos necesarios a sus habitantes.

La agricultura era la principal fuente de riqueza, pero las tierras pertenecían al zar (el principal propietario) y a la nobleza, cuyo poder sobre el campesino no había cesado de aumentar desde la legislación de fines del siglo XVI que consagró la adscripción del campesino a la tierra que trabajaba. Sólo las tierras menos fértiles del Norte albergaban unos pocos campesinos libres, pero a partir de 1718 tampoco éstos podían abandonarlas sin permiso de la nobleza y bajo Catalina II se convirtieron definitivamente en siervos.

La misma Catalina patrocinó la colonización de tierras del Volga y de Ucrania —ganadas a los turcos—, en las que estableció colonos alemanes, fundando ciudades que llevaban su nombre: Ekaterinenburg en los Urales, Ekaterinoslaf en el Dniéper, etc. Estos colonos, conocidos como "los alemanes del Volga", formaron una comunidad propia hasta la segunda Guerra Mundial.

Decidido a europeizar Rusia, Pedro el Grande protegió el desarrollo de la industria mediante elevados derechos aduaneros. Para las necesidades del ejército creó la industria metalúrgica de los Urales, en gran parte explotada por el Estado, junto con la minería. En 1725 existían casi 100 establecimientos industriales y el hierro ruso se exportaba a Inglaterra, en competencia con la producción sueca.

La mano de obra de la naciente industria era de condición servil. Los empresarios industriales pudieron tener siervos, a partir de 1721, como los nobles. En realidad, muchos nobles eran empresarios industriales privilegiados con relación a la inexistente burguesía. Las 98 manufacturas de 1725 habían pasado a 984 en 1762 y a 3.160 en 1796. Catalina II redujo la intervención del Estado, aceptando la libre competencia y aboliendo la reglamentación industrial.

Las empresas del Ural explotaban yacimientos de hierro y de cobre. En la segunda mitad del siglo, la nobleza sustituyó al Estado como principal empresario. La técnica era rudimentaria, pero gracias al trabajo forzado de los siervos particulares y estatales la producción era rentable, exportándose a toda Rusia y al extranjero. No tardaron en producirse desórdenes sociales, sobre todo a raíz de la famosa rebelión de Pugachev, movimiento de los cosacos a los que se unieron algunos nómadas asiáticos y los obreros que trabajaban en las minas (1774-1775).

Al mismo tiempo se había desarrollado la industria textil en Moscú y San Petersburgo. El comercio interior se hallaba centrado en las ferias (las famosas de Nijni-Novgorod). El exterior consistía en la exportación de materias primas (hierro, madera, lino, cáñamo) y la importación de productos manufacturados (tejidos de seda, lana y algodón). La ocupación de las "tierras negras" de Ucrania a los turcos y tártaros de Crimea convirtió a Rusia en un gran exportador de trigo. Asimismo se inició el desarrollo de la Banca. A partir de 1754, la nobleza creó instituciones bancarias que permitieron financiar la industria del Ural. En 1769 tuvo Rusia su Banco estatal, a semejanza de los creados en Austria y Prusia.

Los rasgos distintivos de la sociedad rusa en esta época eran: la servidumbre campesina, el dominio de la nobleza, la debilidad de las clases medias y la autocracia de los soberanos. La nobleza media poseía de 100 a 500 siervos. Los grandes señores rebasaban los 1.000. Los pequeños nobles se contentaban con menos de 100. Desde fines del siglo XVII, la ley les permitía vender a los campesinos sin la tierra y castigarlos con el "knut" (látigo), hasta entonces reservado a los esclavos personales. También podía deportarlos a Siberia o a las minas (derecho confirmado de nuevo en 1806). Las prestaciones personales pasaron de tres a seis días, de forma que el campesino sólo podía cultivar sus campos en domingo. Los siervos no podían casarse sin permiso del señor y sus familias podían ser separadas por éste. Esta situación explica las continuas rebeliones campesinas, que contribuyeron al citado alzamiento de Pugachev en toda la región del Volga.

Los zares promovieron la aparición de una nueva "nobleza de servicio", formada por la burocracia y los mandos del ejército, a la que fusionaron con los antiguos "boyardos". Ya Pedro el Grande estableció la estrecha alianza entre el soberano y los aristócratas, a quienes otorgó grandes poderes sobre los campesinos y el control de la administración local. Catalina II confirmó esta situación privilegiada. Una "carta de la nobleza" (1785) confirmaba su exención del servicio obligatorio y de los impuestos.

A los privilegios políticos y territoriales se unieron otros que pusieron en manos de la nobleza la dirección de la industria y del comercio. Podían explotar libremente las tierras y el subsuelo, establecer fábricas, comerciar y exportar productos agrícolas y manufacturados. Todo ello redundaba en perjuicio de los escasos mercaderes de las ciudades, cuyo capital era limitado y que carecían de subvención estatal. Sólo algunos prosperaron uniéndose a la nobleza para la creación de grandes empresas en el Ural y en el territorio de los baskires.

El emperador de Rusia era, según indicaba su propio título, un verdadero autócrata. Pedro I creó un gobierno centralizado según el modelo sueco, pero no logró estabilizar la sucesión. Se ha dicho que el trono de Rusia en el siglo XVIII no era "ni hereditario, ni electivo, sino ocupativo". Los regimientos de la guardia imperial —como los pretorianos romanos y los jenízaros turcos— constituían la fuerza decisiva. Tres emperadores fueron destronados: Iván VI en 1741, Pedro III en 1762, Pablo I en 1801, y asesinados en circunstancias diversas.

Catalina II, como "déspota ilustrada", se interesó por la difusión de la cultura. Alternativamente había dominado en la corte la influencia alemana y la francesa. Catalina, a semejanza de Federico II, sintió la influencia de los enciclopedistas franceses, que la mitificaron como "Semíramis del Norte" y "Minerva rusa".

La soberana trazó un plan de educación nacional que abarcaba desde la enseñanza primaria hasta la creación de cinco universidades. Tan ambicioso proyecto no se convirtió en realidad, deteniéndose en la enseñanza secundaria. El químico Lomonossov, escritor polifacético, había logrado, sin embargo, la fundación de la universidad de Moscú en 1755. Pedro I había deseado la formación de una "Academia Imperial de Ciencias", establecida en San Petersburgo en 1726. En 1755 se creó en la misma ciudad una Academia de Bellas Artes, que, a partir de 1760, celebraba exposiciones de las obras de sus discípulos.

No obstante, todas estas tentativas no lograron alterar la forma de vida del pueblo ruso ni remediar la falta de una burguesía urbana y de unos funcionarios cultos. El clero y los elementos conservadores lamentaban la occidentalización del país y en especial la sustitución del patriarcado de Moscú por un Santo Sínodo controlado por el Estado (1721). Por otra parte, las reformas realizadas se habían logrado mediante el sacrificio de las restantes clases sociales en favor de la aristocracia.

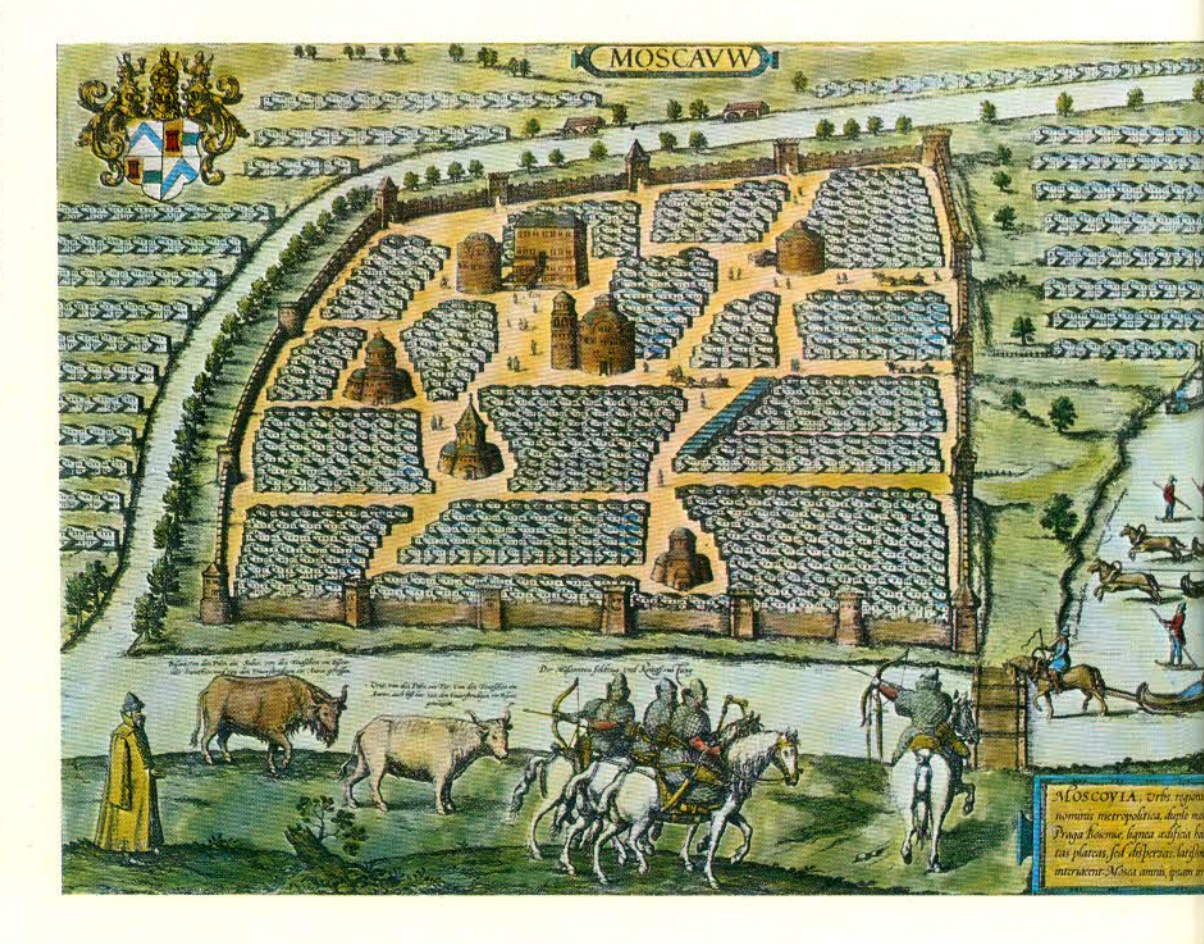
P. M.

Todo mostraba en él la vasta extensión de sus miras y revelaba una consecuencia continuada" *(Tout montrait en lui quelque chose de continuellement conséquent)*.

El viaje de Pedro duró poco más de un año. Tuvo que regresar precipitadamente por haberse rebelado un regimiento de la guardia. Cuando llegó a Moscú, la sublevación había sido ya sofocada, pero este incidente decidió al zar a reprimir toda oposición a sus reformas con un rigor que sólo podríamos calificar de moscovita. Al día siguiente de su llegada del extranjero, Pedro convocó a los principales magnates de la corte, y cuando los tuvo reunidos, apareció con unas grandes tijeras y les cortó a todos la barba y las guedejas. La eliminación de aquel pelo era realmente una saludable mejora, pero infligirla sin explicaciones y a carcajadas era casi prueba de extravío mental. Así impuso Pedro el Grande la mayoría de sus reformas; el tratamiento administrado por Porfirio Díaz a México (la civilización a cañonazos, que no pasó de ser una frase) sería un régimen benigno comparado con el que Pedro el Grande aplicó a Rusia. Llegó hasta el extremo de hacer víctima de él a su único hijo, de temperamento tranquilo como la madre (a la que ya Pedro había relegado a un convento) y que no participaba de buen grado en la obra europeizadora de su padre.



Alejo Mijailovich, hijo de Miguel Romanov. y padre de Pedro el Grande (Biblioteca Nacional, París). El segundo zar de la dinastía Románov inició la europeización del país, contrató a militares extranjeros para la instrucción del ejército y operarios europeos para que enseñaran a los rusos. Inició el avance hacia Crimea con el fin de llegar al mar libre.



Vista de Moscú en el siglo XVII (grabado de la Biblioteca Nacional de París).

No se resistía, pero obedecía frío y como pensando en que un día él podría deshacer todo aquello que Pedro había creado con tanto esfuerzo. "¡No es obediencia de ti lo que quiero, sino entusiasmo!", escribía el zar a Alejo, el príncipe heredero, quien había leído enteramente la Biblia seis veces, cinco en eslavo y una en alemán, y había estudiado los escritos de los padres de la Iglesia griega, hablaba francés y podía discutir de historia, geografía y matemáticas. Le habían casado con una princesa alemana, que murió del primer parto. Al enviudar el príncipe se amancebó con una sirvienta finlandesa y escaparon a Viena. Sintiéndose allí poco seguros aún, el príncipe y su amante marcharon a Nápoles.

Pedro comprendió que era indispensable para el éxito de sus reformas conseguir el regreso de Alejo y eliminarlo después. Envió a Nápoles para esta delicada misión a su amigo Tolstoi, quien prometió al príncipe que si regresaba a Rusia se le permitiría casar con su amante y vivir como simple ciudadano, renunciando a la corona. Pedro confirmó las promesas de Tolstoi con una carta, "jurando delante de Dios y del Trono de Gracia" que si Alejo regresaba no sería molestado por su pasada conducta, y tratado como un hijo querido.

Alejo llegó a Moscú en enero de 1718. A pesar del salvoconducto de Tolstoi y de los juramentos del zar, Alejo murió en junio del mismo año a consecuencia de una tremenda paliza a latigazos. Su amante confesó *en el tormento* que la intención del príncipe era reinar abandonando la política de su padre, reducir el ejército y no construir más buques. Y esto era ya más que suficiente para que Pedro el Grande olvidara el compromiso contraído "delante del Trono de Gracia". La Iglesia ortodoxa tranquilizó los tenues escrúpulos de conciencia que pudieran inquietar al zar afirmando que, dada la calidad de los crímenes del príncipe Alejo, solamente el monarca podía resolver lo que sería más justo y conveniente.

Creemos que estos episodios bastarán para que el lector se haya formado idea del carácter de Pedro el Grande. Intervino en todos los detalles de la vida de su pueblo promulgando ukases sobre el modo de vestir, de edificar casas, de contar los años, etc. Pero todas estas medidas no fueron impuestas por capricho, sino para hacer de los rusos verdaderos europeos y dignos del vasto Imperio que él les estaba conquistando. Rusia llegó, en tiempos de Pedro el Grande, casi a tener los mismos límites fronterizos que tiene actualmente. Siberia, aunque enteramente *tierra incógnita,* quedó constituida en una de las ocho provincias de Rusia. Las conquistas por el Sur se extendieron con nuevas campañas y tratados con Turquía y una guerra contra Persia, que hubo de ceder Bakú, Derbent, Mazanderán y Astrabad. En 1724, un año antes de morir Pedro, un tratado dividió el mar Caspio en tres partes iguales entre Rusia, Turquía y Persia.

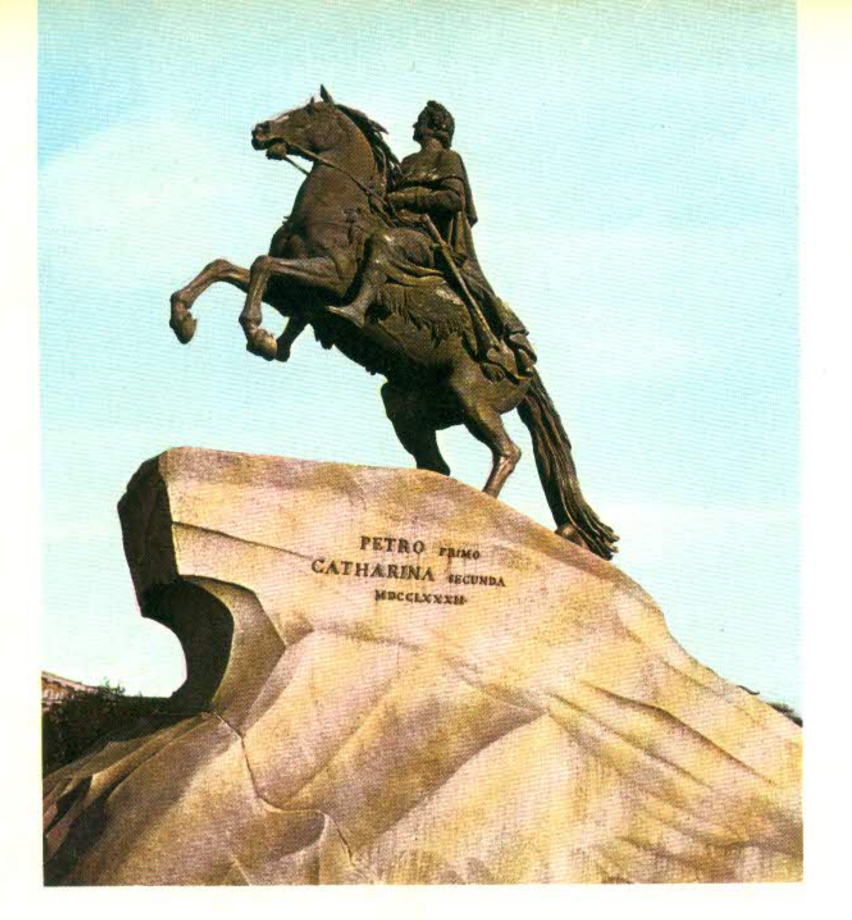
En lo tocante al Báltico, al día siguiente de haber concertado la primera paz con Turquía, ordenó Pedro el Grande la invasión de Livonia; conquistó Finlandia, y en la desembocadura del Neva fundó su nueva capital, Petersburgo, dejando a Moscú el carácter de ciudad santa. Además de realizar estas



Pedro I de Rusia, llamado el Grande, por Aert de Gelder (Rijksmuseum, Amsterdam).



El Neva a su paso por San Petersburgo, la nueva capital de Rusia fundada por Pedro el Grande (Biblioteca Nacional, París).



Monumento a Pedro el Grande erigido por Catalina II en San Petersburgo (Leningrado).

conquistas materiales, fundó la Academia de Ciencias, que había de ser, a un tiempo, universidad, liceo y escuela elemental. Para sostenerla se le concedieron los derechos de aduana de Reval, Narva, Dorpat y Arenberg. Fundó, además, escuelas de matemáticas y navegación, de filosofía "cartesiana", danza, retórica, etc. La gran dificultad con que tropezaban estas escuelas era la carestía de libros en ruso, por lo que estimuló la impresión de los textos más elementales, y en el año 1703 apareció el primer periódico ruso con el título de *Noticias de acontecimientos militares y otros sucesos dignos de recordación.*

Pero lo que parece inaudito es que el rudo y epiléptico zar se anticipase a enviar misiones de descubrimiento y exploración, por puro celo científico, a Siberia y a Kamchatka. Todavía hoy la mayoría de antigüedades de Siberia, que son el tesoro más precioso de las colecciones que se guardan en el Museo de Leningrado, proceden de las expediciones enviadas por Pedro el Grande al Asia central.

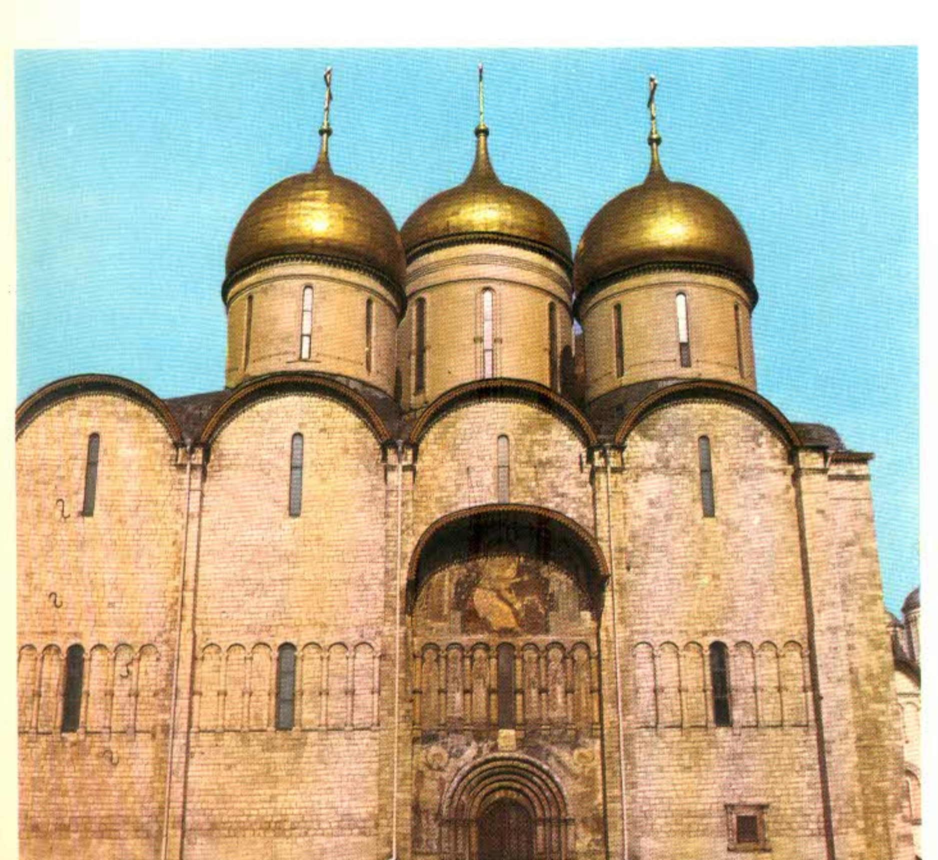
El gran zar murió en 1725. Su reinado había durado más de treinta y cinco años. Con todo, se dolía de que "las reformas de un pueblo son como los frutos de las palmeras, que no se empiezan a cosechar hasta después de muerto el plantador".

Acaso el decreto más importante de Pedro el Grande fue el que regulaba su sucesión. Quedaba todavía un hijo del príncipe Alejo, niño de seis años, y dos hijas también menores del propio zar Pedro. Pero en vez de escoger para sucederle a uno de estos tres descendientes y nombrar un consejo de regencia, decidió transferir la corona a su segunda esposa Catalina, para que reinara, como él había reinado, con carácter de autócrata. Catalina I era una muchacha sencilla, de baja extracción, pero bondadosa. Su corto reinado de dos años no sirvió más que para establecer un precedente.

Porque a la muerte de Catalina I siguió el reinado turbulento de Pedro II, hijo del príncipe Alejo, y después de un período de desórdenes, el de Pedro III, casado con la que tenía que completar la obra de Pedro el Grande, la famosa Catalina II. "Dichoso quien dentro de un siglo pueda escribir vuestra historia", escribía Voltaire a la zarina. Esta era de familia alemana, pero comprendió, desde el día de su llegada a Petersburgo en 1745, que debía bautizarse según el rito ortodoxo y convertirse enteramente en rusa. Su marido, el zar, en cambio, también alemán por parte de padre, se había conservado adicto a la religión luterana y sólo encontraba excelente lo que hacía el rey de Prusia, entonces Federico II el Grande.

No es de extrañar que alrededor de la zarina se reunieran los descontentos del zar, que sólo pensaba en divertirse en mascaradas y banquetes. El zar se dio cuenta de la rivalidad de intereses que se agrupaban al lado de su esposa y llegó a pensar en encerrarla en un convento. Pero Catalina aparentó no resistir y escondió su ambición para que el zar no se decidiera a divorciarse. Sin

Catedral de la Asunción, en el Kremlin, donde se coronaban los zares de Rusia.





Jarra para "kvas" de Catalina II.

embargo, exhibía ya a sus amantes, y otros consejeros ambiciosos preparaban el golpe de estado que debía eliminar a su esposo. En la mañana del 9 de julio del año 1762, el amante de la zarina, Alexei Orlov, condujo a Catalina al cuarto de la Guardia, donde algunos oficiales ya estaban enterados de lo que iba a ocurrir. Aclamada por los guardias, fue en seguida a coronarse autócrata en la catedral de Kazán, mientras los guardias iban a atacar el palacio de Peterhof, en las afueras de Petersburgo, residencia favorita de Pedro III, quien sin resistencia a lo que pedían firmó su abdicación. De momento lo encerraron en una fortaleza, y para mayor seguridad lo asesinaron a los ocho días.

Así comenzó a reinar sola, sobre el vasto imperio creado por Pedro el Grande, aquella que veinte años antes había llegado de Alemania como princesa consorte. Pero nadie deploró (ni deplora todavía) su injerencia en el estado. Completó la obra de Pedro el Grande con un carácter más ruso que el que le hubiera dado el gran zar reformador. Catalina II se sentía rusa; actuaba y pensaba como rusa. Las tierras nuevas tienen un poder de asimilación espiritual que convierte en naturales a los inmigrantes. Catalina II reinó hasta 1796, más de treinta y tres años. Añadió al Imperio ruso más de doscientas mil millas cuadradas y más de siete millones de súbditos. Gran parte de estas adquisiciones fueron fácil resultado del reparto de Polonia entre Prusia, Austria y Rusia.

Astuta y fina en las artes de la diplomacia, para Catalina II los únicos enemigos irreconciliables fueron los turcos. Como buena rusa veía en ellos los sucesores de los



Globo de oro con corona de piedras preciosas que perteneció a Catalina II.



Catalina II en la época de su matrimonio (1745), según grabado conservado en la Biblioteca Nacional de París.



Detalle del servicio que perteneció a Catalina II la Grande.



Tejido de seda lionesa realizado para Catalina II la Grande.



Cetro de los zares. El diamante que lo decora fue regalado por el príncipe Orlov a Catalina II y de él recibe su nombre.

tártaros. Los generales de Catalina los vencieron e hicieron retroceder por tierra, y hasta sus buques lograron la victoria en una batalla naval en la rada de Chesmeh. La armada rusa, mandada por Potemkin, había zarpado de Kronstadt y circunnavegando casi toda Europa había llegado a las costas de Grecia. ¡Qué grito de alegría hubiera lanzado Pedro el Grande si hubiese podido presenciar tal hazaña!

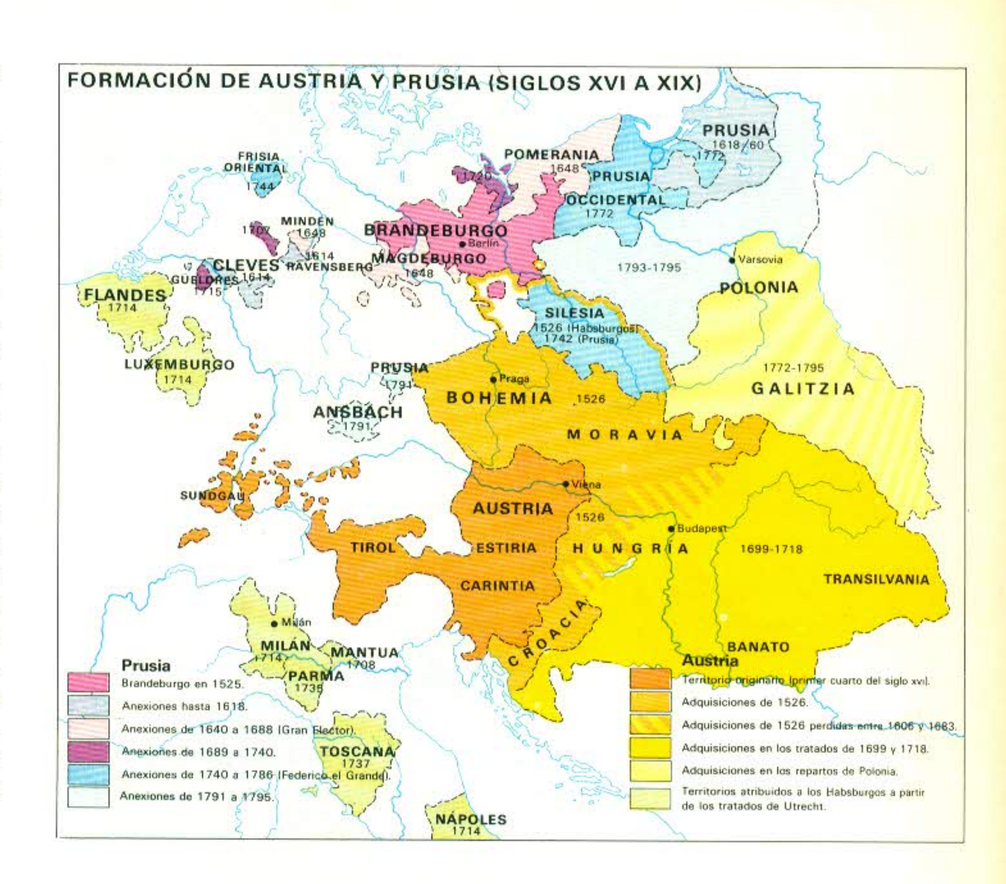
Lo notable es que Catalina II, aunque se valió de colaboradores que a menudo eran sus amantes, nunca cedió a un valido las riendas del poder. En su correspondencia con Diderot, D'Alembert, Voltaire y Federico de Prusia, trata de asuntos políticos y no puede olvidar que es la autócrata del mayor imperio de Europa. Acaso Catalina escribió demasiado. Además de sus *Memorias,* redactó unas instrucciones llamadas *Nakás* para la comisión que tenía que redactar el nuevo Código Civil ruso. En ellas la zarina manifiesta el espíritu del siglo de los filósofos, declarando, como Fénelon y otros autócratas como ella, que "el monarca debe ser para el pueblo, no el pueblo para el monarca". Pero si en teoría era partidaria del gobierno liberal, Catalina vivió lo suficiente para ver la aplicación de sus doctrinas en la Revolución francesa, y ya entonces, como autócrata ofendida, no pudo menos de protestar.

Mientras así, en el extremo oriental de Europa, se creaba y organizaba el gran Imperio de Pedro I y Catalina II, otros dos estados se transformaban para formar el mosaico de la Europa central, que duró hasta la guerra del año 1914. En el Norte la pequeña Marca de Brandeburgo se transformaba en Prusia por obra de Federico III de Brandeburgo, hijo del Gran Elector, quien representaba para Prusia lo que Iván IV para Rusia, con la debida diferencia de época para el progreso inicial. Federico no se encontró con súbditos boyardos borrachos y bárbaros mujiks. Pero el sentimiento de formar parte de una nación prusiana o germánica era muy débil en la mayor parte de ellos. La antigua Marca de Brandeburgo estaba ocupada por grandes manchas o grupos de emigrantes holandeses, escandinavos y eslavos. Federico empezó a darles conciencia de unidad prusiana, aunque apenas les confió asuntos de gobierno. El emperador Leopoldo I de Austria, para obtener su apoyo en la guerra de Sucesión española, le dio el título de rey (noviembre de 1700); desde entonces fue Federico I.

El hijo de este primer rey de Prusia, llamado Federico Guillermo I, inició el régimen de organizar un ejército disciplinado. Federico Guillermo dio a Prusia el carácter de pueblo agresivo, temible, sobre todo, por su férrea organización. Además del ejército, lo que mayor preocupación despertaba en el rey eran los correos. Después de Francia, donde fueron organizados por Richelieu, los servicios postales de Prusia fueron los primeros en Europa como de servicio fundamental del estado. Pero no era esto sólo; en unas instrucciones testamentarias a su hijo Federico, el rey le recuerda que "una nación sin industria es un campo sin vida", "la prosperidad de un país depende del número de habitantes", "el monarca debe tener los cordones de la bolsa", etc. Por lo visto (aunque a su manera), el rey de Prusia empezaba a filosofar. En unas reuniones que se llamaban "Academia del Tabaco", porque se celebraban por las tardes en palacio entre el humo de las pipas y el ruido de los vasos,

el rey hablaba libremente de política con sus amigos.

Pero aparte de estas expansiones, el monarca era terriblemente severo. Los burgueses de Berlín se escondían cuando el rey salía de paseo. Delante de la corte propinaba azotainas al príncipe heredero que había de ser Federico II el Grande, quien a la sazón pensó seriamente en escapar a Inglaterra y esperar allí la muerte de su progenitor. Pero la dureza y rigidez del padre sirvió por lo menos para que el hijo heredara un estado floreciente y provisto de una máquina de guerra formidable. Federico Guillermo había empezado a reclutar sus milicias con algo parecido a lo que hoy llamamos el servicio militar obligatorio. Pero al lado de esta fuerza creó otra de choque, compuesta de mercenarios de gigantesca talla, reclutados por toda Europa y sometidos a una disciplina férrea, en la que no se ahorraban los castigos corporales. Con ella formó las unidades de su guardia. Podríamos decir que Prusia era una nación dispuesta siempre para la guerra.



Federico Guillermo de Brandeburgo en la batalla de Fehrbellin (tapiz en el castillo de Charlottenburgo, Berlín). Federico Guillermo, conocido por el Gran Elector, intervino en la guerra de los Treinta Años y reconquistó fortalezas que estaban en manos de los suecos. Recibió la Pomerania Interior en la paz de Westfalia y el reconocimiento de Prusia por Polonia. Venció a los suecos, aliados de Luis XIV, en la batalla de Fehrbellin. Fue el creador del ejército permanente de Prusia.



Vista de Berlín en 1691, según dibujo de Johann Stribek (Biblioteca de Berlín).

Con este pueblo educado militarmente, Federico II, llamado el Grande, se entremetió en todas las guerras de la Europa de su tiempo. Federico II no era un modelo de castidad; pero no se complacía perezosamente en sus amantes, como era tradicional en los Borbones franceses. Las dos pasiones de Federico II (casi sus vicios) eran la filosofía y la guerra. Podríamos decir que la filosofía era su recreo, y que la guerra constituía en él una necesidad. El dirigía personalmente las marchas tácticas de sus ejércitos y con astucia felina esperaba el momento de atacar al enemigo cuando éste descuidaba la defensa de algún lugar.

En aquel tiempo, la caballería tenía importante papel en las batallas. La proporción de las tres armas y el modo de manejar el acero o bayoneta de la infantería contra la caballería, o la artillería contra ambas, originaron una ciencia, la única de que se alababan los magnates. Era por lo menos un gran arte. Federico II movió sobre el tablero de Europa grandes ejércitos, que grande para entonces era exceder de 100.000 infantes con 15.000 caballos. Sobre todo guerreó con milicias propias, nunca, o casi nunca, asociado con aliados. Si perdía, perdía él solo; si ganaba, también era para él exclusivamente toda la ganancia.

La ocasión para inmiscuirse en los asuntos de sus vecinos se la ofreció a Federico el Grande la sucesión de Austria.

La muerte del emperador Carlos VI –el

LA PRUSIA DE FEDERICO EL GRANDE

Federico Guillermo I dejó a su hijo un reino de cerca de dos millones y medio de habitantes. Federico II emprendió un amplio programa de colonización interior, sobre todo tras las devastaciones de la guerra de los Siete Años y del primer reparto de Polonia. Se llamó a colonos procedentes de otros estados alemanes, sobre todo de Suabia y del vecino Mecklemburgo. Se fundaron unas 900 nuevas poblaciones, con un total de 300.000 habitantes. A la muerte del rey, Prusia contaba con seis millones de habitantes. Su política agresiva había duplicado la extensión del Estado.

El monarca apoyó el desarrollo de la agricultura, ordenando roturar bosques y desecar las abundantes zonas pantanosas. Se introdujo –como en Rusia– el cultivo de la patata y se mejoró la ganadería, la arboricultura y la riqueza forestal. La producción triguera era objeto de exportación: en 1774 alcanzó el valor de dos millones de táleros.

La posesión de la tierra correspondía de una manera primordial a los nobles, llamados en Prusia "junkers", cuya fuerza había crecido desde el siglo XVI: recibían prestaciones feudales, habían sometido los campesinos a la gleba y se habían enriquecido con la secularización de bienes eclesiásticos. Tras la guerra de los Treinta Años (1618-1648), los grandes señores se anexionaron enormes territorios. La clase de los "junkers" constituía la base social de la oficialidad y de la burocracia del Estado prusiano, una fuerza importante cuyo poder se mantuvo, en menor o mayor grado, hasta 1945.

Prusia era un centro de la industria pañera. La anexión de Silesia fue muy provechosa, ya que esta región producía tejidos de lana y era uno de los principales centros productores de lino. Federico II intentó desarrollar la industria mediante medidas mercantilistas: prohibición de exportar lana, de importar artículos de lujo, elevados derechos de aduana, concesiones de monopolios y de subvenciones a las empresas privadas: pañerías, fábricas de porcelana y terciopelo, etc.

Una red de canales entre el Vístula y el Elba facilitaba el comercio y las comunicaciones. La flota comercial constaba de 1.300 unidades. Se exportaban hilados, trigo, madera, paños. En 1765 se creó un Banco estatal.

Toda la riqueza económica de Prusia estaba en función de su ejército. Incrementar el poder militar era para Federico el fin primordial del Estado. Tenía soldados en los campesinos y oficiales en los nobles. Los numerosos impuestos indirectos –sobre artículos de primera necesidad, tanto como sobre las importaciones de lujo– mantenían en pie la máquina militar prusiana.

La conjunción nobleza-ejército alcanzaba una amplia resonancia social. Los oficiales y la alta burocracia se reclutaban entre los terratenientes nobles. El propio Federico dio gran prestigio a la profesión militar al vestir constantemente el uniforme. El uniforme militar se identificó desde entonces con la indumentaria real y los oficiales disfrutaban de una total precedencia sobre cualquier civil, aunque se tratara de un noble. La burguesía debía sostener con el pago de impuestos el esfuerzo militar, aunque contaba con la protección del Estado para desarrollar la economía.

Por encima de todas las clases sociales, también el rey se consideraba a sí mismo un servidor del Estado. Gobernaba de una forma personal, por medio de sus consejeros y secretarios (de hecho, Federico nunca tuvo un primer ministro). En Prusia no había una Dieta única, sino una serie de "dietas territoriales" o provinciales, dominadas por la nobleza y la burocracia (también noble), pero cuyo poder frente al monarca era nulo.

La reforma del Estado afectó de una manera especial a la administración de Justicia, llegándose a una especie de división de poderes. Los jueces fueron remunerados a fin de que no cayeran en soborno y se les seleccionó por medio de exámenes. Los procesos, las penas y las prisiones fueron reformadas (el mismo Federico había sido encarcelado en una prisión militar por orden de su padre) de acuerdo con la opinión de la época.

Este era el Estado cuyo soberano fue y es aún más conocido como "el Grande", título que ningún estadista ni militar posterior, ni siquiera el mismo Napoleón, ha podido conseguir.

P. M.

archiduque Carlos de la sucesión de España— en 1740 señaló la extinción de la rama masculina de la dinastía de los Habsburgos. Por supuesto que esta posibilidad había sido prevista años antes. Ya en 1713, el propio Carlos VI, monarca más importante de lo que comúnmente se cree, se había preocupado de asegurar a su descendencia femenina la posesión de los dominios patrimoniales hereditarios y de la corona imperial, siempre electiva. Una Pragmática Sanción, elaborada aquel año, establecía la individualidad de los estados de la dinastía como ley fundamental, principio que garantizó su continuidad hasta 1918.

Gran parte de la actividad diplomática del reinado de Carlos VI se encaminó a obtener el reconocimiento de la Pragmática, tanto por parte de los súbditos como por la de los restantes monarcas europeos. El reconocimiento interno no presentó dificultades. Hungría —el problema más difícil— aceptó la nueva ley, que fue aprobada por los restantes estados entre 1722 y 1726.

Para obtener la garantía de las demás potencias europeas, Carlos VI se vio obligado a aceptar duros sacrificios políticos y económicos. A grandes rasgos podemos decir que le costó la cesión de Nápoles y Sicilia a los Borbones españoles; la renuncia a desarrollar una compañía de comercio colonial en Ostende (Países Bajos) que podía interferir en la expansión inglesa; la entrada en la guerra de Sucesión de Polonia (1733-1736); el consentimiento a la anexión del ducado de Lorena por parte de Francia y otras garantías de carácter territorial a Prusia y otros príncipes alemanes.

No obstante, la hábil diplomacia austríaca había alcanzado el reconocimiento de los diversos gobiernos interesados, con la excepción del príncipe elector de Baviéra, Carlos Alberto, el cual se presentaba como candidato a la sucesión. La nueva soberana de Austria, María Teresa, aunque se encontró con un tesoro vacío y un ejército desorganizado, podía contar con una sólida situación diplomática.

Todo ello fue deshecho en breve tiempo por la intervención de Federico II, que inauguró en la historia de Europa un período bélico de gran alcance, ya que lo enlazó con la rivalidad que enfrentaba a Inglaterra y Francia en el ámbito de las colonias.

Con el cinismo que caracterizaba su política, Federico se apoderó, sin previa declaración de guerra, del ducado de Silesia. La conquista tuvo lugar en una rápida campaña de invierno, sorprendiendo a las guarniciones austríacas dispersas. La opinión europea estaba convencida de que, en la primavera, las superiores fuerzas austríacas darían bue-



Federico II de Prusia, por A. Pesne (Museo Nacional, Berlín).



María Teresa de Austria, por Von Meytens (Germanisches Museum, Nuremberg). Hija de Carlos VI, su reconocimiento como emperatriz desencadenaría la guerra de la Pragmática Sanción y daría lugar a que Federico II hiciese de Prusia un estado que trastrocaría el edificio del Imperio.

na cuenta del invasor. Pero en la batalla de Möllwitz (abril de 1741), la exacta precisión de fuego de la disciplinada infantería prusiana triunfó sobre las brillantes cargas de caballería de sus adversarios. Este hecho de armas consagró la eficiencia del nuevo ejército, cuya fama perduraría hasta las guerras napoleónicas.

La acción de Federico, al poner de relieve la debilidad del estado austríaco, dio lugar a una coalición general de los enemigos de la casa de Habsburgo. Tomó parte en ella Felipe V de España. Al frente de la alianza se hallaba Francia, cuyo partido belicista quería desmembrar los territorios hereditarios de María Teresa y coronar emperador al elector de Baviera, con lo que se daría feliz remate a una secular aspiración de la política exterior francesa. Esta coalición, a la que naturalmente se unió Prusia, logró en muy pocos meses ocupar el reino de Bohemia y amenazar la propia ciudad de Viena. Carlos Alberto fue elegido y coronado emperador, rompiendo de esta forma la serie de los emperadores de la casa de Austria, que se remontaba al siglo XV.

No obstante, algunos factores jugaban en favor de María Teresa. En primer lugar, la lealtad de gran parte de sus súbditos, en especial del reino de Hungría. En segundo,

LA PUGNA ENTRE MARIA TERESA Y FEDERICO II: LA GUERRA DE SUCESION A LA CORONA AUSTRIACA (1740-1748)

1740 Ascensión de Federico II al trono de Prusia.

(20/X) Muerte del emperador Carlos VI, que deja como sucesora a su hija María Teresa; la legalidad de esta sucesión es discutida, entre otros, por el elector Carlos Alberto de Baviera, yerno del emperador José I, y por Felipe V, como heredero de los Habsburgos españoles.

1741 En cuatro semanas, Federico II ocupa la Silesia austríaca y ofrece, a cambio del reconocimiento de la posesión de este terreno, su apoyo al esposo de María Teresa en la elección imperial; la oferta es rechazada.

(10/IV) Victoria prusiana de Möllwitz sobre los austríacos.

(28/V) Alianza de Nymphenburg entre Baviera y España.

(31/VII) Toma de Passau por los bávaros.

(19/IX) Alianza entre Baviera y Sajonia.

(2/X) Después de la ocupación de Linz por los ejércitos de Francia y Baviera, Carlos Alberto recibe el homenaje de los estados de la Baja Austria.

(4/XI) Federico II firma un acuerdo con Baviera por el que asegura a Carlos Alberto la elección imperial, así como la posesión de Bohemia, Austria y Tirol.

(26/XI) Después de la toma de Praga, Carlos Alberto es proclamado rey de Bohemia.

(26/XII) Federico II se apodera de Olmütz (Moravia).

1742 (24/I) Carlos Alberto, elegido emperador en Francfort. Las tropas austríacas de Khevenhüller ocupan Linz y Passau.

(12/II) Coronación de Carlos Alberto en Francfort. Un destacamento de húsares húngaros alcanza Munich. Carlos Manuel III de Cerdeña se alía a Austria contra España.

(17/V) El rey de Prusia vence a Carlos de Lorena, general de María Teresa, en Chotusitz.

(26/XII) Rendición de Praga a los austríacos.

1743 (8/II) Victoria austríaca sobre los españoles en Camposanto.

(12/V) María Teresa es coronada reina de Bohemia.

(13/V) Carlos de Lorena y Khevenhüller vencen a los bávaros en Simbach.

(11/VI) Gracias a la mediación inglesa, la paz preliminar de Breslau es negociada entre Austria y Prusia.

(27/VI) De acuerdo con lo convenido, el general bávaro Seckendorff efectúa la rendición de su país.

(28/VII) Ratificación de los acuerdos de Breslau en Berlín: Prusia obtiene Silesia y Glatz.

(13/IX) En Worms, Jorge II de Inglaterra negocia una alianza entre Austria, Inglaterra y Cerdeña para arrojar a los Borbones de Italia y garantizar la Pragmática Sanción.

(20/XII) Tratado entre Sajonia y Austria.

1744 (24/VII) Alianza de Prusia con el emperador Carlos VII. Federico II invade Bohemia.

(16/IX) Praga se rinde a los prusianos.

(17/X) Habiendo evacuado Baviera los austríacos, Carlos VII entra en Munich.

(11/XII) Federico II se ve obligado a retirarse de Bohemia, sufriendo importantes pérdidas.

1745 (8/I) Inglaterra, Austria, Sajonia y Holanda concluyen la Cuádruple Alianza de Varsovia, por la que holandeses e ingleses se comprometen a otorgar subsidios para la conquista de Silesia.

(20/I) Muerte del emperador Carlos VII.

(22/IV) Paz de Füssen entre Maximiliano José de Baviera (sucesor de Carlos Alberto) y María Teresa, por la que el primero recupera Baviera, reconoce la Pragmática Sanción y otorga su voto al esposo de María Teresa.

(18/V) Alianza de Leipzig entre Austria y Sajonia.

(4/VI) Derrota austro-sajona en Hohenfriedberg.

(13/IX) Bajo el nombre de Francisco I, el esposo de María Teresa es elegido emperador por unanimidad de votos, ausentes Brandeburgo y el Palatinado.

(30/IX) En una incursión en Bohemia, Federico II vence a Carlos de Lorena en Soor, pero se retira luego a Silesia.

(23/XI) Carlos de Lorena es rechazado por los prusianos.

(15/XII) En Kesseldorf, Leopoldo de Dessau vence a los sajones. Federico II, frente a Dresde el mismo día.

(18/XII) Entrada de Federico II en Dresde, abandonada por Carlos de Lorena sin luchar.

(25/XII) Paz de Dresde entre Prusia, Austria y Sajonia. Confirmación de la de Breslau-Berlín y reconocimiento de Francisco I por Federico II.

1746 (2/VI) Alianza austro-rusa contra Prusia.

(15/VI) Victoria de Piacenza por el general austríaco Browne.

(IX) Los austríacos ocupan Génova.

1748 (18/XII) Paz de Aquisgrán, que ratifica la cesión de Silesia a Federico II, así como la Pragmática y la ascensión al trono imperial de Francisco I.

la alianza inglesa, lógica, ya que Francia estaba entre los enemigos. En tercero, el frío cálculo del rey de Prusia, que le llevó a retirarse de la coalición, abandonando a sus aliados, una vez se le aseguró, por separado, la cesión de Silesia (1742).

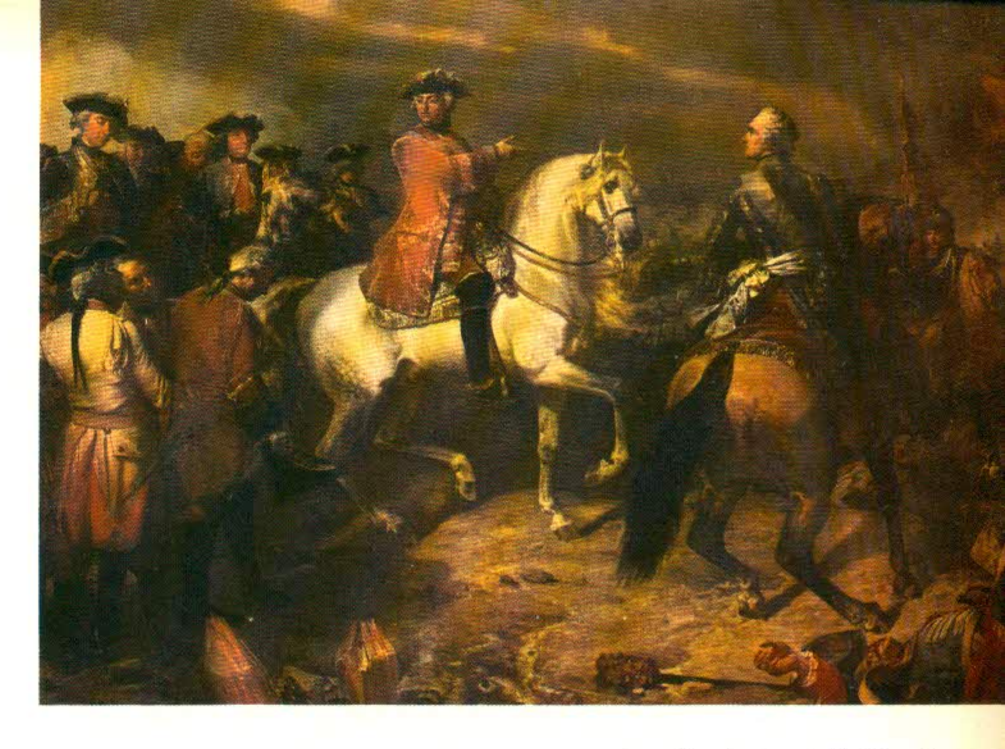
La reacción austriaca fue sorprendente. Los ejércitos de María Teresa, cuya causa parecía perdida a principios de 1742, expulsaron a los franceses de los territorios hereditarios, obligándoles a una terrible retirada que prefiguraba la campaña de Napoleón en Rusia. Munich, la capital de Baviera, fue tomada y el nuevo emperador electo se vio convertido en un soberano errante.

Las armas austríacas victoriosas recibieron ayuda británica en dinero y en soldados (la última vez que un rey inglés mandó un ejército en campaña). Francia fue invadida. En este momento, Federico II truncó de nuevo la evolución de los acontecimientos al emprender la llamada "segunda guerra de Silesia" (1744-1745). Este conflicto inesperado impidió la invasión de Francia y puso nuevamente de manifiesto la superioridad militar prusiana, al tiempo que señalaba los límites de la reacción austríaca.

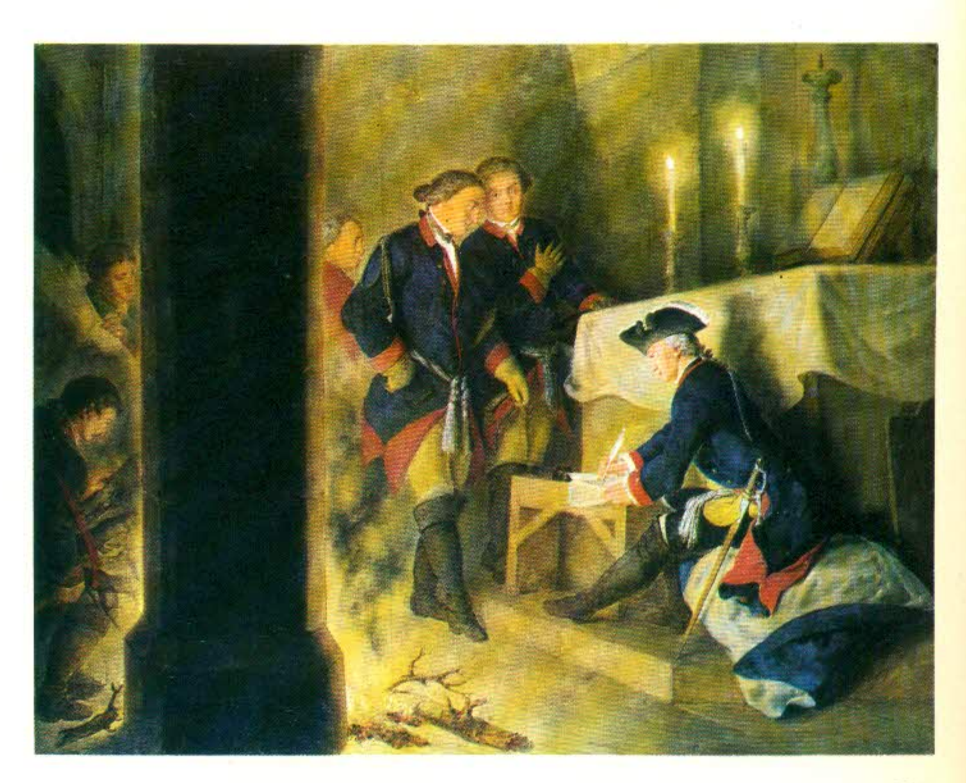
Los años siguientes marcaron la evolución hacia la paz de Aquisgrán (1748), por la que terminó esta guerra de Sucesión de Austria, llamada también guerra de la Pragmática. El rey de Francia reconocía como emperador al esposo de María Teresa, Francisco I (ex duque de Lorena), que había sido elegido a la muerte del desdichado Carlos Alberto (1745). El tratado fue recibido, injustificadamente, por la opinión francesa como una muestra de debilidad. De hecho, puso fin a la secular lucha entre las casas de Austria y de Francia.

María Teresa sólo consideraba la paz, por lo referente a Prusia, como una tregua necesaria. Toda su política se dirigía a hacer de Austria un estado fuerte y moderno que fuera capaz de recuperar Silesia. Era evidente que la superioridad militar prusiana corría parejas con la mayor eficiencia de su burocracia y de su sistema fiscal. A partir de 1748, el gobierno austríaco emprendió una política conducente a la centralización de los organismos administrativos y a hacer pasar la recaudación de impuestos, de manos de los estamentos nobiliarios, al control de burócratas designados por el monarca. Fue un emigrado silesiano, el conde Haugwitz, quien puso en marcha la reforma administrativa, basándose en parte en el propio modelo prusiano.

A idéntica preocupación por Silesia debió la dignidad de primer ministro el diplomático conde Kaunitz. Este personaje, que ejerció el poder desde 1753 hasta 1792, era, en frase de Federico II, "frívolo en sus gustos



Batalla de Lawfeld (óleo de A. Conder, Museo de Versalles), en que los franceses, al mando del mariscal Mauricio de Sajonia, derrotaron a las tropas austríacas, inglesas y holandesas en la guerra de Sucesión de Austria.



Federico II el Grande después de la batalla de Torgau, por C. Bernbardrore (Museo de Berlín). Durante la llamada "guerra de los Siete Años", Prusia llegó a extremos desesperados, pues sus ejércitos sufrieron terribles derrotas. Pero en 1760 las cosas cambiaron y la victoria de Torgau y las inglesas en Asia y América salvaron al estado prusiano.



Escena familiar en la corte de la emperatriz María Teresa: la archiduquesa María Cristina reparte los regalos del día de san Nicolás. En esta miniatura, realizada por la propia archiduquesa, están representados María Teresa, su esposo Francisco de Lorena y sus hijos, entre los que conviene señalar a la futura reina de Francia María Antonieta, la niña que juega con una muñeca (Kunsthistorisches Museum, Viena).

y profundo en sus negocios". Su plan de acción sostenía que la rivalidad austro-francesa era un espejismo del pasado, por culpa de la cual ambos estados se agotaban inútilmente en beneficio de un tercero, concretamente el rey de Prusia. Proponía, en cambio, una reconciliación de los dos eternos rivales, que debía traducirse, ante todo, en una derrota de Prusia y en la recuperación de Silesia.

Esta audaz "inversión de las alianzas", que alteró el sistema político europeo, se produjo en 1756. Sin disminuir la actividad de Kaunitz, el verdadero motor de la misma fue el propio rey de Prusia, que abandonó de nuevo a sus aliados franceses para concertar un tratado con el rey de Inglaterra. Una dura guerra-relámpago permitió a Federico tomar ventaja inicial, al atacar sin declaración alguna, según su costumbre. Con este hecho comenzó en Europa la llamada "guerra de los Siete Años" (1756-1763).

Durante la misma, la situación de Prusia llegó a extremos desesperados, ya que debía hacer frente a una amplia coalición de potencias enemigas, a las que se había unido Rusia, con sus enormes contingentes militares. Los mandos austríacos, a pesar de su tradicional lentitud e indecisión, habían mejorado, y en conjunto el ejército prusiano tuvo que mantenerse a la defensiva, sufriendo terribles derrotas (Kolin en 1757, Zorndorf en 1758, Hochkich y Kunesdorf en 1759). La propia Marca de Brandeburgo fue invadida y saqueada; Berlín tuvo que pagar fuertes contribuciones de guerra para no correr la misma suerte.

No obstante, Federico logró resistir en las condiciones más adversas, aprovechando los errores y vacilaciones de sus enemigos y obteniendo brillantes victorias, tal vez las más características de su genio militar. La campaña de 1757, iniciada con victorias y jalonada por derrotas, terminó con los dos resonantes triunfos de Rossbach y Leuthen, en los que puso fuera de combate a los ejércitos francés y austríaco respectivamente. La intervención rusa y la tenacidad austríaca se dejaron sentir de nuevo en los años sucesivos. Pero a partir de 1760, las victorias propias (Torgau), las de su aliada Inglaterra en Asia y América y un repentino cambio de

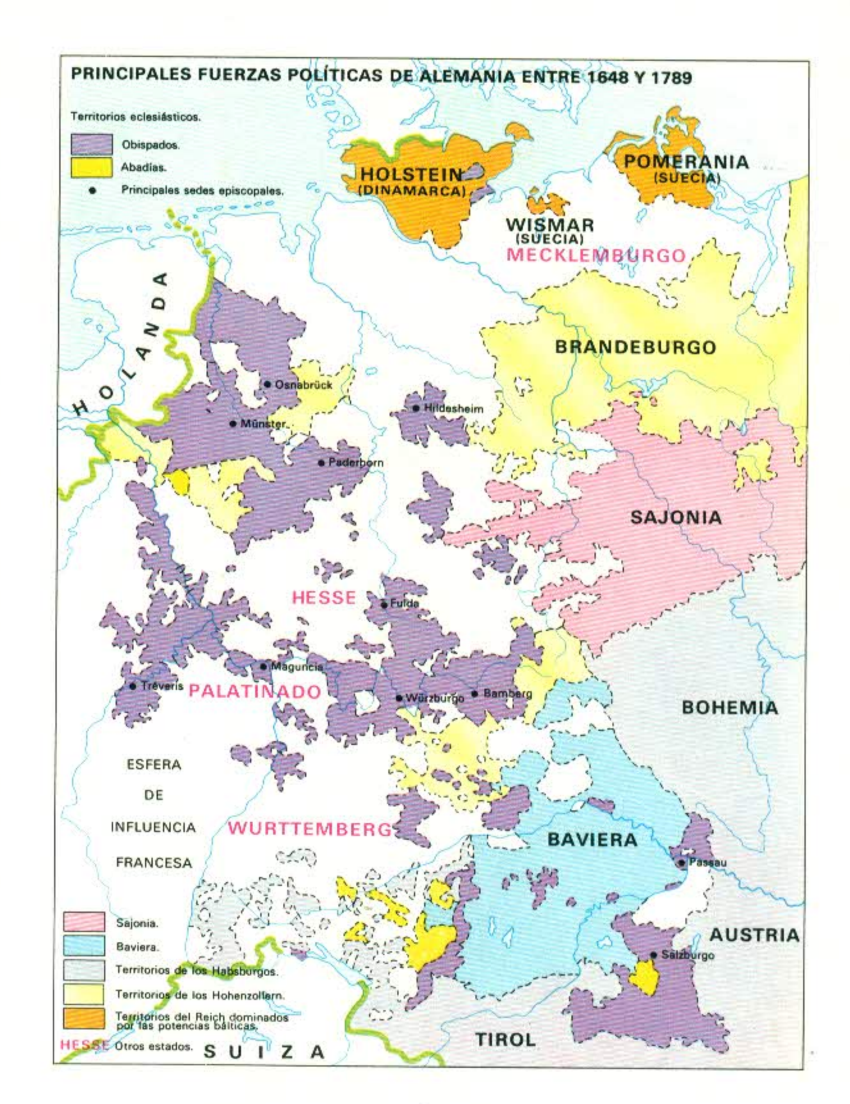


orientación política en Rusia (el breve reinado de Pedro III) salvaron a la comprometida monarquía prusiana. Austria tuvo que reconocer la pérdida definitiva de Silesia (1763) y el establecimiento, de hecho, de un dualismo austro-prusiano en el interior del Imperio, sistema que con algunas variaciones perduró hasta 1866.

La guerra había arruinado a Prusia. Su población estaba disminuida. Se había provocado la inflación. Federico emprendió una política de reconstrucción que en breves años recuperó su nivel anterior.

También María Teresa continuaba la política de reformas, desde 1765 en régimen de corregencia con su hijo José II, cuyo reinado abarcó hasta 1790. Esta etapa coincide con la vigencia en Austria de los principios del Despotismo Ilustrado, uno de cuyos entusiastas difusores era el mismo emperador. Toda la época registró un vasto programa de reformas de toda índole, aplicadas con prudencia durante la corregencia y de una forma acelerada en los diez años del reinado de José II (1780-1790), quien había tomado como modelo al tenaz rival de su madre, Federico de Prusia. Estas reformas cubrían especialmente los aspectos administrativos, sociales y religiosos.

Las reformas administrativas buscaban el doble fin de centralizar el ejercicio del poder y aumentar la autoridad del estado. Kaunitz procedió a un reajuste de departamentos ministeriales en los años 1760-1762. A pesar de que su política no había conseguido la devolución de Silesia, se mantuvo en el cargo hasta la muerte de María Teresa y durante el reinado de sus hijos. Una nueva burocracia, en la que figuraban nobles de segundo rango, algunos burgueses y una buena representación de la aristocracia checa, dominaba los resortes del estado. Se desarrolló –tardíamente– una política mercantilista. Una serie de códigos remozaron los distintos aspectos del derecho. José II procuró unificar y nivelar las diversas provincias, disminuyendo su número y sometiéndolas a una autoridad única. La célula





Banquete organizado en Francfort, en 1765, con motivo de la coronación de José II (cuadro de la escuela de Maytens; Kunsthistorisches Museum, Viena). La corregencia de María Teresa con su hijo José II fue precisa ante la necesidad urgente de establecer una serie de reformas que revitalizasen la monarquía de los Habsburgos. Sin embargo, sus reformas no fueron bien aceptadas y muchas de ellas quedaron en suspenso.

EL IMPERIO DE LOS AUSTRIAS

Los soberanos del Sacro Imperio debían, en los tiempos modernos, casi su única fuerza a sus posesiones familiares. Los emperadores de la casa de Austria dominaban una serie de territorios de una extensión semejante a la francesa, con una población similar (unos 22 millones en el siglo XVIII), pero con unos ingresos cinco veces inferiores y un poder limitado.

Los territorios de los Habsburgos, esparcidos desde el mar del Norte hasta el Adriático, no tenían cohesión de raza, lengua o religión. El soberano lo era, en teoría, de cada uno de ellos por separado. Los distintos estados gozaban de amplia autonomía interna; la nobleza laica y eclesiástica defendía sus privilegios, sobre todo los fiscales, y controlaba la administración local.

A pesar de esta variedad, los soberanos del siglo XVIII –de Carlos VI a Leopoldo II– supieron imprimirle una unidad real, basada en la fidelidad a la dinastía y en una innegable moderación en el uso de la autoridad, de tal forma que el siglo XVIII corresponde a la madurez política del estado imperial austríaco.

El núcleo del Imperio estaba formado por las llamadas "tierras hereditarias", de población mayoritariamente alemana (con minorías italianas y eslovenas), religión predominantemente católica y cierto auge de la burguesía. Correspondían a grandes rasgos a la actual Austria: archiducados de Baja y Alta Austria, ducados de Estiria, Carintia y Carniola, condados de Tirol y de Gorizia y ciudades de Trieste y Fiume, a través de las cuales el Imperio obtenía la salida al mar Adriático.

El reino de Bohemia, o corona de san Wenceslao, estaba regido por los Habsburgos desde 1526. El reino disponía de derecho de voto en la elección imperial. Estaba formado por Bohemia propia, el margraviato de Moravia y el ducado de Silesia, que tuvo que ser cedido casi en su totalidad a Prusia como consecuencia de las guerras mantenidas entre ambos estados. Eran países de agricultura y minería rica, con grandes propiedades nobiliarias y un elevado porcentaje de población judía.

El reino de Hungría, o corona de san Esteban, era completamente independiente del Sacro Imperio. Los Habsburgos eran soberanos desde 1526, pero gran parte del país había estado ocupado por los turcos hasta fines del siglo XVII y se había producido una intensa despoblación. Aparte de la Hungría propia, se administraban separadamente el principado de Transilvania, los reinos de Croacia y Eslavonia, el banato de Temesvar (unido a la corona en 1779) y las fronteras militares con Turquía, gobernadas no por la nobleza magiar, sino por el ejército imperial.

Los estados citados hasta aquí formaban una continuidad territorial. Existían además las posesiones obtenidas por Carlos VI en la guerra de Sucesión de España: estados italianos, de los cuales sólo Milán fue duradero, y los Países Bajos, durante mucho tiempo clave de la política europea, provincias ricas cuya defensa exigía grandes esfuerzos y que en frase de un diplomático eran "una piedra de molino atada al cuello de Austria". Incluso existían unos territorios reliquia de los orígenes de la dinastía y de su pasado esplendor en el Alto Rin. Estas "tierras altas" habían perdido gran parte de su anterior importancia, pero todavía englobaban ciudades tan significativas como la plaza fuerte de Breisach y el centro universitario de Friburgo de Brisgovia.

Este conjunto de territorios contaba con unas pocas instituciones comunes, al paso que conservaba todos los organismos administrativos de etapas precedentes. Como centro coordinador existía en Viena un Ministerio de Estado y Conferencia –derivación del Consejo Privado– y algunos departamentos concretos: la cancillería austríaca, el consejo áulico de la guerra y la cámara áulica, para la administración de la Hacienda. Por otra parte, los distintos grupos territoriales contaban con sus propias cancillerías (Hungría, Bohemia) o consejos (Italia, Flandes).

La reforma de 1749 intentaba limitar las divisiones territoriales y asimilar las diversas categorías de territorios. La cancillería de Bohemia fue suprimida, creándose un organismo único para gobernar conjuntamente las provincias austríacas y las alemanas. Los consejos de Flandes y de Italia desaparecieron en 1757. La reforma fue completada en 1760 con la creación de un Consejo de Estado, centro consultivo de toda la política, con la separación de las funciones administrativas y fiscales, etc. Al mismo tiempo se creó un Supremo Tribunal (a la vez ministerio de Justicia) y consejos para la dirección de la Banca y del Comercio, así como comisiones para la instrucción pública, la reforma agraria, etc. El principal ministerio era la cancillería de Estado, cuyo titular era el príncipe de Kaunitz.

Estas medidas se complementaban con la transferencia de la administración local de manos de la aristocracia a la de los burócratas, lo que significaba el fin de la autonomía de los estamentos locales. El resultado de la guerra de la Pragmática provocó la supresión del sistema de votar los impuestos en cada caso particular y la implantación de una contribución de guerra fija, así como la sustitución de los pagos en especies por dinero. Para este fin, las autoridades militares debían establecer un catastro de las propiedades y percibir el 1% de los ingresos de la nobleza y el 2% del estado llano.

La medida encontró cierta resistencia en los círculos aristocráticos e incluso en el mismo gobierno, pero a la larga los estamentos –excepto los de Carintia– se sometieron con sorprendente facilidad. La propia organización administrativa fue alterada por los nuevos sistemas burocráticos (1749).

Pero el alcance de estas medidas fue parcial. Nunca fueron aplicadas en el reino de Hungría, en el cual toda la administración local estaba en manos de la nobleza. Los escasos burgueses que vivían en las ciudades libres no tenían ninguna representación política. Mucho menos los campesinos. Los hidalgos, que consideraban a la nobleza "una e igual", sin diferencias con los magnates, dominaban la administración de los distritos por medio de los palatinados, de los que dependía el reclutamiento militar y la percepción de los impuestos. La Cámara Baja de la Dieta o Parlamento estaba también integrada por los representantes de los palatinados, hostiles a cualquier disminución de su poder.

Aunque la Dieta húngara siempre consintió en hacer los mayores sacrificios en favor de su "rey" María Teresa (la Constitución húngara no reconocía reinas), nunca admitió el principio del impuesto no votado previamente y mucho menos el pago del mismo por la nobleza, ya que el impuesto era indicio de condición servil. Por último, la Dieta entró en conflicto con la corona cuando ésta quiso practicar una política de mejora de la condición campesina. A partir de 1764, María Teresa dejó de reunir la Dieta y tampoco renovó la dignidad de conde palatino, una especie de virrey vitalicio y elegido por la nobleza.

El "déspota ilustrado" José II practicó un política filocampesina y de apoyo a la burguesía, cuya alianza necesitaban para vencer la resistencia de los estamentos privilegiados. El gobierno subvencionaba los folletos antiaristocráticos en los que se acusaba a la nobleza de no desempeñar la función que les correspondía en las dietas provinciales y en la administración.

No obstante, los "ilustrados" habían menospreciado la fuerza de la nobleza, cuyo peso era fundamental en Hungría, importante en Bohemia y en la mayoría de "países hereditarios", como se demostró en la reacción de 1790-1791. Este movimiento barrió gran parte de la obra de José II, pero conservó las reformas administrativas debidas a María Teresa, que debían formar la base del Estado durante otros cincuenta años.

Debe señalarse la importancia que todos estos soberanos prestaron a la creación de centros de enseñanza y de formación de funcionarios. Los jesuitas crearon el Colegio Teresiano de Viena, dedicado a la educación de la nobleza. Para contar con un buen plantel de oficiales se fundó la Academia Militar de Wiener-Neustadt. El propio Kaunitz protegió el desarrollo de una Academia de Orientalistas, en función de la diplomacia austro-turca. En 1775 se fundó la Academia Imperial de Ciencias y Bellas Letras. José II impulsó la enseñanza primaria y media y creó el cuerpo de profesores austríacos, contribuyendo al desarrollo cultural de los países danubianos.

P. M.

Johann Sebastian Bach, por E. G. Haussmann. Bach, redescubierto por Mendelssohn, es "el inventor de la música moderna".



administrativa era el círculo o "kreise", gobernado por un "capitán" que debía poseer título universitario. Pero aunque la pequeña nobleza y la burguesía tuvieron acceso a la administración, los cargos más importantes seguían reservados a las grandes familias nobles.

El emperador mostró gran interés por las clases humildes, hasta el punto de que ha sido calificado de "revolucionario imperial", "rebelde purpurado", "emperador del pueblo" e incluso "Lenin con corona". En especial atendió a la condición de los campesinos, todavía sometidos a prestaciones personales, al pago de exorbitantes censos y rentas y a los monopolios señoriales, así como a su justicia y administración. En este punto, José II compartía la orientación de su madre, quien en 1764 había intentado mejorar la situación de los campesinos húngaros, provocando con ello la reacción de la nobleza ante este "atropello" de que se les hacía víctima. También estableció pequeños propietarios campesinos en las tierras de la corona, cuyo rendimiento aumentó. Pero los nobles no imitaron el ejemplo.

La resistencia de los señores a la emancipación produjo las rebeliones de campesinos de Hungría (1764), Bohemia (1775) y Transilvania (1784), reprimidas duramente por la aristocracia. Pero José II extendió y amplió la legislación anterior: emancipó a los campesinos, convirtiéndoles en virtuales poseedores hereditarios del suelo, a cambio del pago de un censo. Fue la única reforma personal del emperador que le sobrevivió.

La aceleración de las reformas debida a José II y su equipo "ilustrado" fue muy sensible en el campo religioso. María Teresa había abolido el uso de la tortura en los procedimientos judiciales y había suavizado algunas disposiciones contra los disidentes religiosos. José II se apresuró a promulgar un edicto de tolerancia (1781) por el que concedía la libertad religiosa a luteranos, calvinistas y ortodoxos, los cuales obtenían el derecho a establecer colegios y a desempeñar cargos públicos. Incluso mejoró la situación de los judíos, a los que se permitió establecerse como industriales y comerciantes, asistir a las universidades, etc. El crimen de herejía dejó de existir.

El emperador, basándose en las doctrinas de Febronius (Nicolás Hontheim, obispo auxiliar de Tréveris), se proponía crear una Iglesia nacional independiente de Roma;



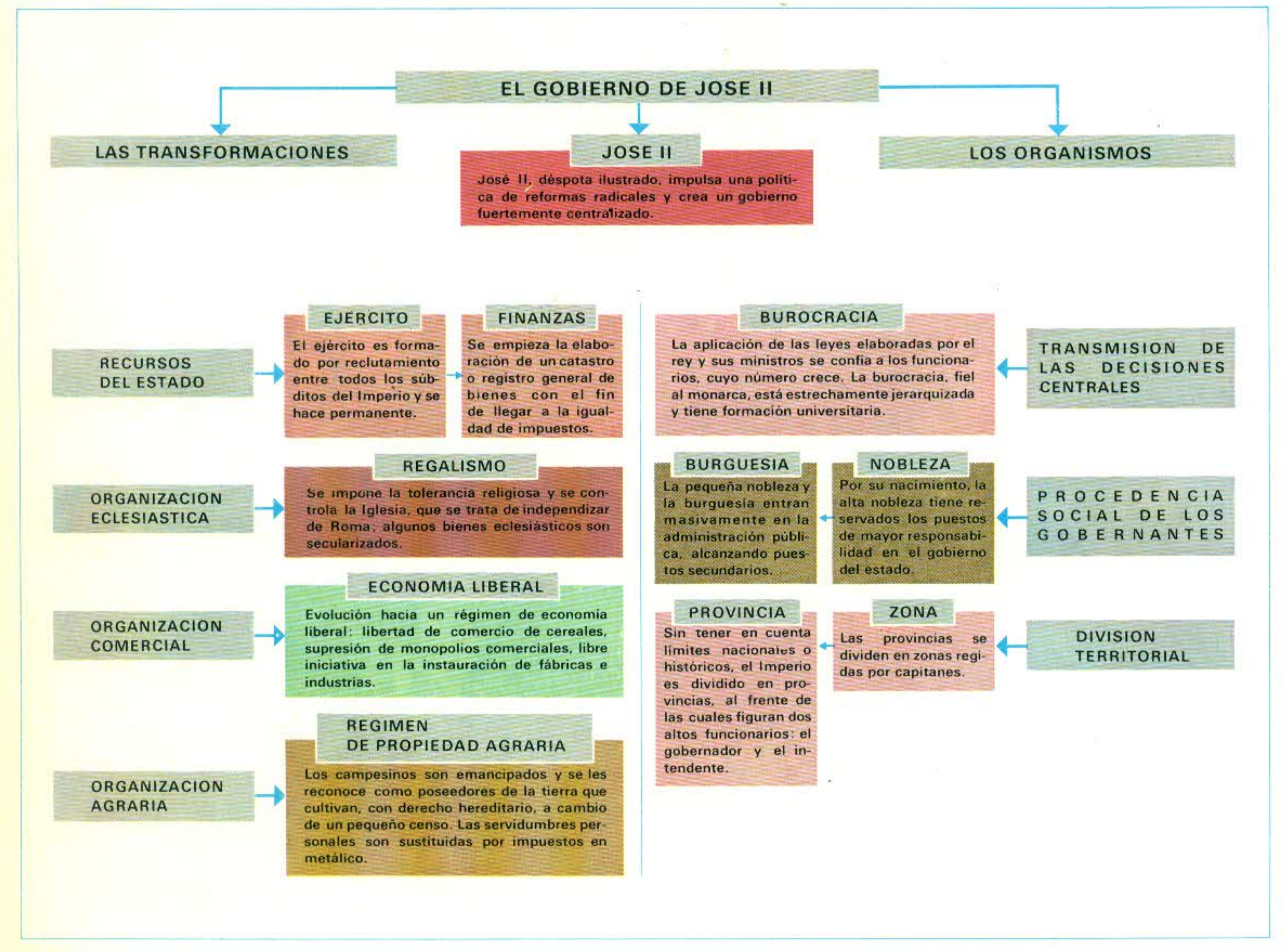
este ideal era alentado por algunos canónigos y profesores de la universidad de Viena. Para conseguirlo, su tolerancia se trocó en persecución religiosa. Fueron clausurados 700 monasterios, las Órdenes contemplativas quedaron prohibidas, así como los estudios de teología, las procesiones y las peregrinaciones. Las bulas pontificias y las disposiciones episcopales se sometían al visto bueno del estado. Se trataba de un verdadero proceso de secularización.

Para asegurar la continuidad del sistema, los seminarios diocesanos fueron sustituidos por doce seminarios oficiales, en los que debía formarse el nuevo clero. Esta política religiosa no tuvo en cuenta el poder de la Iglesia y los sentimientos del pueblo. En los Países Bajos (Bélgica), la cuestión religiosa fue uno de los motivos fundamentales –junto con la resistencia al centralismo– de la revolución de 1789, que en pocas semanas derribó el régimen austríaco.

También Hungría llegó al borde de la rebelión. El emperador se había enfrentado con la nobleza al abolir el tradicional sistema de administración por "condados", medida a la que unió otras dos en extremo aventuradas: la implantación del alemán como idioma oficial único y la confección de un censo de la propiedad con el propósito de establecer la igualdad ante el impuesto.

En las relaciones exteriores, la política de José II se saldó también con un relativo fracaso: la breve e inútil guerra de Sucesión de Baviera (1779); la "liga de los príncipes", organizada por Federico II para anular cualquier iniciativa imperial; los fracasados intentos de abrir el Escalda a la libre navegación, dando nuevo vigor al puerto de Amberes; la última guerra con Turquía (1788-1790), que no reportó ninguna ganancia territorial a Austria.

José II murió en 1790, convencido de que su reforma global había fracasado. El mismo anuló gran parte de sus disposicio-



nes. Su sucesor, Leopoldo II, para asegurar la estabilidad política, llegó a un acuerdo con las aristocracias locales, retornando a la política de reforma moderada de María Teresa. El influjo de la Revolución francesa ya se dejaba sentir en el Imperio de los Habsburgos.

Viena era la capital artística y galante de la Europa central. A María Teresa sobre todo le debemos la Viena de Mozart y de Haydn. Y muchos que no fueron víctimas de la soberbia austríaca, de la petulancia aristocrática del gobierno de Viena, dirán que el *Don Juan* de Mozart bien vale un gobierno de María Teresa.

En la segunda mitad del siglo XVIII lo mejor del espíritu humano se manifestó en música. La filosofía, después de Rousseau y Voltaire, se había reducido a un entretenimiento de aristócratas librepensadores. Hasta Federico II y Catalina de Rusia filosofaban; pero escondida en compases musicales, el alma humana empezaba a expresarse intensa y sentimental en las obras de Bach, Hændel, Haydn y Mozart. El primero, iniciador de una época musical, pasó casi inadvertido en su tiempo; lo redescubrió Mendelssohn como maestro de capilla, sin pretensiones, en Weimar y Leipzig. Cuando murió, en el año 1750, nadie pensó que aquel organista había sido el más grande músico que hasta entonces había producido la Humanidad. Muchas de sus obras manuscritas, repartidas entre sus numerosos hijos, se creen aún irremediablemente perdidas.

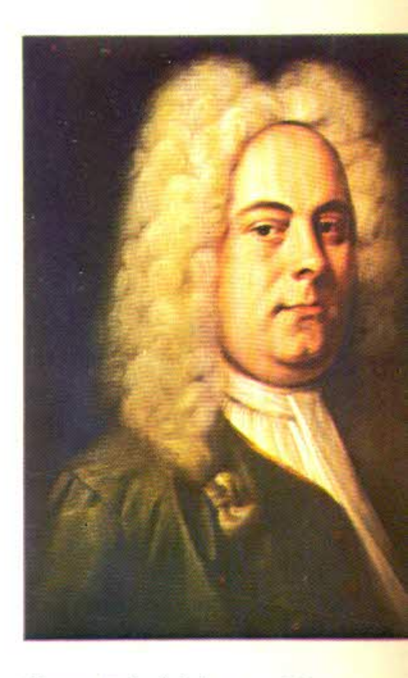
Es difícil darse cuenta de lo que representa Johann Sebastian Bach. Es algo más que un revolucionario en su época. Es, simplemente, el *inventor* de la música moderna. La música no comienza a ser tal –según hoy entendemos su concepto– sino después de J. S. Bach. Y es curioso pensar que este hombre, que pudiera representar a primera vista el antípoda de la escuela italiana, hizo gran parte de su aprendizaje sobre los manuscritos de Vivaldi y otros notables compositores italianos de su época. Y es que, en realidad, lo que se pierde después al sobrevenir la degeneración de las formas teatrales es la propia tradición italiana. No hay que olvidar que los más grandes músicos anteriores a J. S. Bach son los italianos y los españoles (Palestrina, Victoria).

La causa del poco interés que despertó la música de Bach en su tiempo y en los años siguientes es que se mantuvo fiel a la tradición polifónica medieval, que parecía indispensable en temas religiosos. Pero el teatro, entregado con frenesí a la ópera, exigía música, y la escena requería cantatas, arias, duetos y bailes, imponiendo otro tipo de composición.

Corelli y Scarlatti fueron los primeros en emplear nuevas formas musicales, esencialmente melódicas y contrapunteadas. En teoría era un retroceso a una simplicidad vulgar y dulzona, pero los grandes genios consiguieron hacer obras sublimes con temas triviales de rondós, minuetos y cantables.

Hændel, nacido en Halle (Sajonia), residió la mayor parte de su vida en Londres, al servicio de la casa real, o como empresario de sus propias óperas. Los títulos de las óperas y hasta sus libretos estaban en italiano: nadie podría imaginar que aquellas palabras pudieran revestirse de música elevada. Hændel, en sus últimos años, se aplicó a componer *oratorios,* pomposas composiciones para masas corales y solistas, que consiguieron entusiasmar a la corte perfumada y frívola de Jorge III. Pero la aparente vaciedad de los arpegios y trinos de las cantatas que compusiera Hændel encubre bajo su esplendor una grandeza de estilo que volvemos a admirar sinceramente en nuestro tiempo.

Algo análogo ocurre con Haydn. Era austríaco, nacido en 1732, y aunque errante y andariego como los artistas de su época, pasó la mayor parte de su vida en Viena. Escribió también óperas y oratorios, pero casi podríamos decir que lo más importante de su vida fue la fraternal amistad que mantuvo con Mozart, enseñándole y animándole. Mozart empezó como un niño prodigio. A los tres años ya tocaba el clavicordio y componía, y algunas de sus más inspiradas obras musicales datan de cuando su autor era de muy corta edad. El padre de Mozart hizo viajar al pequeño músico, incluso procurando que fuera a Italia, entonces indispensable complemento de una educación musical. Mozart continuó su maravillosa carrera de hombre entregado a la música hasta su muerte, en 1791, cuando sólo tenía treinta y cinco años. Fue en verdad un caso extraordinario de ser humano creado para hacer música y vivir por la música. La moda del tiempo le exigió un estilo melódico, aparentemente simple. La pedantería neoclásica del siglo le hacía escribir música para dramas que no tenían nada vivo y real. He aquí los títulos: *Mitridates rey del Ponto, Ascanio de Alba, El sueño de Escipión, El Rey Pastor, Idomeneo rey de Creta.* Mozart quería ante todo sílabas sobre las que tejer la maravillosa fantasía de sus melodías, pero en los moldes de un estilo convencional vertió a menudo sentimientos apasionados, humanísimos. *Las bodas de Fígaro* y *Don Juan* representan un avance considerable, y *La flauta mágica,* de un simbolismo casi incomprensible para nosotros, expresaba en sus notas el anhelo de una vida mejor.



Georg Friedrich Haendel, por B. Denver (National Portrait Gallery, Londres).

Wolfgang Amadeus Mozart, el hombre creado para hacer música y vivir por la música (Conservatorio Rossini, Bolonia).



BIBLIOGRAFIA

Arneth, A. von	*Maria Theresia* (7 vols.), Viena.
Brian-Chaninov	*Historia de Rusia,* Barcelona, 1955.
Droz, J.	*Histoire de l'Autriche,* París, 1954. – *Histoire de l'Allemagne,* París, 1964.
Earl, A.	*Historia de Rusia,* Barcelona, 1967.
Hantsch, H.	*Die Entwincklung Osterreich-Ungarns zur Grossmacht,* Friburgo, 1933.
Lavisse, E.	*La jeunesse du grand Frédéric,* París, 1916.
Marcoff, A.	*Pugachev,* Barcelona, 1944.
Mayer, F. M.	*Geschichte Osterreichs* (2 vols.), Viena, 1908.
Miliukov, P.	*Histoire de la Russie* (3 vols.), París, 1932-1933.
Nementh, A.	*María Teresa de Austria,* Barcelona, 1952.
Pascal, P.	*Histoire de la Russie, des origines à 1917,* París, 1963.
Valloton, H.	*María Teresa, emperatriz de Austria,* Madrid, 1966.
Zollner, E.	*Histoire de l'Autriche. Des origines à nos jours,* París, 1965.



Sala de san Jorge, en el Kremlin, Moscú.